N.79. 1

TRAGEDIA
DE XERXES.
EN CINCO ACTOS. 7

ACTORES.

Xerxes.
Artaxerxes, su hijo.
Dario, su hijo.
Artebano.
Tisaferne, su Confidente.
Arcase.
Merodate.
Amestris.
Barsina, hija de Artebano.
Fenicia.
Cleonte.

ACTO I.
SCENA I.

Artebano y Tisaferne.

Tis. ¿Es verdad, que Artaxerxes venturoso
reynará de la Persia en los destinos,
y su hermano mayor será vasallo
de un trono à que nació como escogido?
sé que Xerxes es dueño de su Imperio,
y no se si injusticia hace à Dario;
me basta su eleccion; mas sin que quiera
penetrar de mi Rey en lo escondido,
el corazon ilustre de Artebano
lo ha podido aprobar, verás tranquilo
que proveo el Diadema?...

Art. ¿Y que dixeras
si del dictamen fuera Autor yo mismo?
ya te voi à informar, pero primero
que descubra à tus ojos mis designios,
dime si te has sentido un alma fuerte,
un corazon intrepido y altivo,
que no conozca los remordimientos:
yo se que eres valiente y atrevido:
mas no se, Tisaferne, si es que puedo
para todo contar siempre contigo.
Examinate bien, que todavia
en libertad estás.

Tis. ¿Porque motivo
me atormentais, Señor, con esa duda?
¿Despues de tan inmensos beneficios
podeis temer de mi que sea ingrato?

Art. Aun no hizo mi amistad lo que hacer
quiso:
Xerxes me lo embaraza con disgusto:
mira nuestra confianza; y mas te digo,
que en secreto te ódia.

Tis. ¿Y que me importa
que me vea con ódio, ò con cariño?
Yo dependo de vos en qualquier caso;
seré en mi amor, y en mi obediencia el
mismo:
disponed de mi pecho, de mi brazo,
que se expondrá por vos à mil peligros.

Art. Pues bien: de ti me fio. Mas cuidado
no ande alguien por aqui q̃ pueda oirnos.

Tis. Es verdad: mas no ſobran precauciones
en las perfidas Cortes.
Art. Oye amigo:
Xerxes à ſu peſar de Perſia el trono
le dió à Artaxerxes por conſejo mio:
él à Dario adora; mas yo le hice
que tubiera recelos de eſte hijo:
yo le he inſpirado zelos de eſte iluſtre
Principe, que eſtá en Perſia tan querido;
le hice alejar de aqui, y quando airoſo,
deſpues de ſujetar Pueblos diſtintos,
con ſu gloria nos fuerza, y ſus hazañas
à admirar ſu valor; yo ſe lo pinto
anſioſo de reinar, lleno de orgullo
por ſu valor, ſu gloria y ſus ſervicios.
Ya logré que le tema, ya alimento
con eſte arte ſus modos y caprichos;
ſi le nombra al Imperio, mi proyecto
arruinado quedaba, y por lo miſmo
q̃ à Artaxerxes no cree digno del trono;
mi aſtuta trama le obligó à elegirlo:
Con tal ſeguridad me he gobernado,
que ninguno en la Corte lo ha ſabido.
A ti ſolo confio eſte ſecreto,
callalo, que te importa el no decirlo.
Diſponte ahora à partir: vé preſuroſo:
habla à Dario, dile ſu deſtino;
perſuadele à que venga à Babilonia:
de mi parte le ofrece armas, amigos,
Soldados y teſoros: ſobre todo
ponderale de mi hija los hechizos,
y dile, que ſi quiere, con mi brazo
la mano de Barſina le dedico.
Tis. Dario la idolatra.
Art. No: otras veces
la miró con amor, ya eſtá remiſo,
y aun à mi ſe extendia ſu deſprecio,
pues mi amiſtoſo zelo (aunque fingido)
no hallaba en el agrado confianza.
¿Pero à mi que me importa (ſi conſigo,
que los caminos me abra del Imperio)
la cauſa conocer de ſus ſuſpiros?
Para obtener el trono es neceſario
hacerle cometer muchos delitos,
deſtruyendo à los hijos por el Padre,
y deſtrozando al Padre por los hijos.
Con aſtucia ſagaz he de perderlos,
ſabiendoles fingir que à los tres ſirvo.
Eſtos ſon mis intentos; mira ahora
ſi tienes tu valor para ſeguirlos.
Tis. Señor, vueſtros deſignios me ſorpréden;
no hay duda q̃ ſon ciertos los peligros;
pero el proyecto es grande. Sin embargo,
¿no temeis el caer en un abiſmo?
Dario eſtá adorado: es muy amable,
y ſiempre à de tener mucho partido:
conſideradlo bien: yo os aſeguro
que no es eſto excuſarme de ſerviros.
Eſtoy pronto, Señor, y ya no eſcucho
ni aun del remordimiento los latidos;
aunque oy he pronunciado juramento
de lealtad y de fe, ya los olvido.
No conozco mas ley que obedeceros,
ya quando vos hablais, me determino.
Art. Eſtos vanos eſcrupulos ſon buenos
para pechos vulgares y ſencillos.
El Reyno y la venganza ſon mis Dioſes;
lo demás es fanatico delirio.
Ya ha llegado el momento en q̃ Artabano
ſe ſacuda de yugo tan indigno.
Eſte grande Dario à quien tu temes,
ſerá el primer objeto de mis tiros,
y muy preſto verás que en Perſia toda
es tan odiado como fue querido:
pero el Rey viene: eſpera haſta que ſepa
de eſta pronta venida los motivos.

SCENA II.

Xerxes, y Artebano.

Art. En un dia en que Xerxes poderoſo
diſpone del Imperio; y à ſu arbitrio
da un Amo al Univerſo: ¿Qué diſguſto
le puede conturbar placer tan vivo?
Xerx. ¡O dia! ¡O dia horrible! ¿Que es lo
que he hecho?
¿Porque yo tus conſejos he ſeguido?
Art. ¿Que es lo que os cauſa tanto ſentimiento?
Xerx. Si ſiento con razon, juzga tu miſmo.
Bien ſabes que por ley de los Perſianos,
ſi uno para reuſar queda elegido,
al Rey que le nombró puede pedirle
la gracia que quiſiere; y que es preciſo
que eſte ſin eleccion deba otorgarla.
De eſte derecho barbaro valido

el

el tyrano Artaxerxes, ya pretende
el solo bien que el paternal cariño
reservaba à su hermano, pues con ansia
à la Princesa Amestris me ha pedido:
à Amestris, que es de un Heroe valeroso
objeto encantador, y premio digno.

Art. ¿Pues que? ¿La ama, Señor?

Xerx. Oid Artabano,
un secreto fatal. Mi hijo Dario
adoraba à Barsina.

Art. Que! ¿à mi hija?

Xerx. Bien se lo que merece. Pero amigo,
yo temi que tu alianza no le diera
un fuerte apoyo contra mi otro hijo:
por eso combati su amante fuego
con amenazas, ruegos y desvios,
hasta fingir que de ella enamorado
era de su pasion ribal yo mismo:
le obligue à que su afecto te ocultára,
y llevara à otra parte sus suspiros;
entonces conducir hice à su Corte
à la Princesa Amestris su atractivo:
A mi hijo sorprendió, y bien q̃ su alma
sintiera la impresion de sus hechizos,
ò que ganar quisiera mi terneza;
yo le vi tan amante, y tan rendido,
que le ofreci con ella desposarlo
si triunfaba de nuestros enemigos.
Este su nuevo ardor fue tan secreto,
q̃ ni el mismo Artaxerxes lo ha sabido:
el ya ha triunfado, y yo por recompensa,
no solo el Reyno, y el laurel le quito,
sino tambien à Amestris. ¡Santo Cielo!
¿quien podrá detener mi humor altivo?
¿u muy justo furor? Mira Artabano,
si es terrible el cuydado en q̃ me agito:
calma con tu prudencia, y tus consejos
esta inquietud que turba mis sentidos.

Art. ¿Que consejo, Señor, tengo que daros,
quando las Santas Leyes son asilo
de los Monarcas justos, y os defienden?
El Rey que ser quisiere obedecido,
debe ser el primero que obedezca
à su poder supremo. Si Dario
se viniere à quexar, culpe à las leyes
que os fuerzan à faltar a lo ofrecido.

Xerx. Pero qua do à la ley Dario ceda,
¿querrá la misma Amestris consentirlo?
Yo se que le idolatra.

Art. Pues entonces
hechar la voz de que à su amor antiguo
vuestro hijo ha vuelto ya; q̃ mi familia
toda se ofrece à vos en sacrificio.
Decid q̃ ama à Barsina, aunque ella sea
de vuestra Corte misero ludibrio,
que en riesgo tan urgente no es bajeza,
por impedir un mal, este artificio;
y pues Arcase que es su confidente;
en este dia à Babilonia vino;
forzadle à que declare este Himeneo,
diciendo que lo ha enviado vuestro hijo
à prepararlo todo; y que muy presto
à celebrar la boda vendrá él mismo.
Quando Amestris supiere que su amante
es infiel à su amor, y que rendido
va con otra hermosura à desposarse,
con tal desarie de su genio altivo;
vereis que despechada por orgullo
se adelanta ella misma à prevenirlo;
y en fin, sino se logra este proyecto,
es menester que vuestro pecho invicto
la compasion no escuche: Que destruya
à este rival de un Padre esclarecido,
que está zeloso de que à sus vasallos
enseñe à no adorar tan sometidos,
sino à su grande Rey, y que sujete
con violencia de Amestris los destinos,
haciendo que Artaxerxes dé la mano,
pues las leyes le dan ese dominio.

Sale Tisaferne.

Tis. Arcase, gran Señor, quisiera hablaros.

Xerx. Que venga. ¡Santo Dios! yo me horrorizo.

SCENA III.

Xerxes, Artebano, Tisaferne, y Arcase.

Xerx. ¿Pues Arcase, que quieres?

Arc. De la vuelta
de un Heroe valeroso vengo à instruiros.

Xerx. ¿Quien? ¿Dario?

Arc. Señor, dentro de poco
llegará à Babilonia vuestro hijo:
para no retardarle este contento
voy à llevarle rapido el aviso. *vase.*

Xerx. No; espera. Tisaferne, de él te encarga;

aleja de Palacio à ese testigo.

SCENA IV.

Xerxes, y Artabano.

Xer. Ay querido Artabano; pues tu zelo
siempre con tu Señor tan leal ha sido,
no le abandones ahora, precipita
tus pasos, y a encontrar vete à mi hijo,
que yo entre tanto tus consejos fieles
en practica pondré. Haz que à este sitio
llamen à la Princesa. *Vase Artabano.*

SCENA V.

Xerx. ¡O Dios! de Persia
radiante Sol, alumbra mis designios:
impide las desgracias que recelo,
y perdona à mi riesgo este artificio.
Su injusticia en secreto me baldona,
y tu ves quanto afan, quanto martirio
me cuesta el descender à tal bajeza.
Pero Artaxerxes viene. Dioses pios,
en la fiera inquietud que me atormenta
¿no gozaré un instante de mi mismo?

SCENA VI.

Xerxes, y Artaxerxes.

Artax. Si supiera, Señor, que vuestra saña
desea exterminar à un triste hijo,
resistir no pudiera mi impaciencia.
Yo os veo desconfiado, os veo tibio.
¿Pues q̃, de haberme puesto sobre el trono
estais, Señor, tan presto arrepentido?
¿Acabais de elevarme hasta el Imperio,
y os escucho sollozos doloridos?
Privadme de la vida y la Corona,
y restituidme el bien que mas estimo,
vuestras bondades y el amor de Padre,
que prefiere à los otros beneficios.
Pero que, ¿ves mi horror? Ojala fueran
sospechas contra mi vuestros desvios,
presto las destruyera. Yo recelo
que Amestris infeliz es el motivo:
Amestris, cuya candida hermosura
la iguala con los Numenes divinos
¿no ha podido hallar gracia en vuestros
ojos?
Yo vi, Señor, el ademan esquivo
que os arrancó su nombre, y esta duda
es la causa mayor de mi delirio.

Xerx. ¿Pues que, no bastan que las leyes nuestras
sobre Amestris os den tanto dominio?
Ya no pende de mi orden y su gusto:
yo puse en vuestras manos sus destinos,
quando su Rey os hice: sin embargo
(à pesar de ese ardor con que ahora os
miro)
espero que vuestra alma generosa
no quiera violentar à su alvedrio.
Consultadla Artaxerxes. Bien merece
que recibais su fe de su cariño;
por lo menos si yo la pretendier
asi lo executara en este estilo:
Conquista la pasion à la hermosura.
Vedla pues, si quereis: yo os lo permito.
¿No os digo lo bastante?

Artax. No, no basta. *Vase Artaxerxes.*

Xerx. Ya es eso demasiado. Principe, idos.
Su amor va consternado: con disgusto
le causo este dolor, pero es preciso.
La Princesa se acerca. ¡Quanto llanto
derramarán sus ojos! ¡Que suspiros
va à exalar su pesar! Solo de verla
el corazon me siento conmovido.

SCENA VII.

Xerxes, y Amestris.

Xerx. Señora, aunq̃ lo sienta vuestro afecto,
creo que de un secreto debo instruiros.
Ya Dario no puede del Imperio
pretender el honor: ya lo ha perdido.
Artaxerxes su hermano es quiẽ ya tiene
del Universo soberano arbitrio.
Veo que este disgusto os desazona,
pero solo al respeto dad oídos;
y sabed q̃ aunque os cueste pesadumbre,
los baldones y quexas os proíbo.

Amest. ¡Ay Señor! perdonad mi triste llanto
¿que haceis con proíbirme los suspiros?
¿Despues de tan furioso horrible golpe
quien podrá contener à mis gemidos?
Es posible que un Heroe victorioso
que vuestra imagen es, q̃ es vuestro hijo,

y

y fiel retrato de los Santos Dioses
arrojado se vea por vos mismo
de la esperanza de obtener un Reyno
que su ilustre valor ha sostenido?
Perdonadme; bien se que no me toca
pronunciar entre vos y vuestros hijos:
pero si alguna vez, de las Deydades
la Magestad suprema ha descendido,
y en un mortal ilustre se ha mostrado;
si la virtud con luminoso brillo,
si las altas hazañas, si la gloria,
si los votos de un Pueblo sometido,
y en fin, si el nacimiento, la constancia,
la prudencia, y valor el mas invicto
fueron derechos de aspirar al trono;
¿quien este excelso honor ha merecido
mejor que el Heroe ilustre à quien ahora
arroja de su trono un Padre esquivo?

Xerx. De mi eleccion, Señora, solo debo
responder à los Numenes divinos.
Quando la ley de Persia no me diera
el derecho tan claro, y tan antiguo
de disponer del trono, ser mi gusto
bastára para verme obedecido:
Y la tierra temblando, y de rodillas
debe admitir el dueño que la elijo.
¿Pero, porque motivo estais creyendo
que Artaxerxes del trono es poco digno?
Dario à la verdad tiene mas gloria,
pero su hermano tiene mi cariño;
y no está sin virtudes por lo menos:
el sabe amar mejor; pues que rendido
os está idolatrando.

Amest. ¡Que es lo que oygo!

Xerx. Esperad, porque aun tengo q̃ deciros.
Es fuerza os prepareis à su himeneo:
yo me encargue de daros el aviso.

Amest. ¿A mi, Señor?

Xerx. A vos: ya os ha nombrado:
ya su amor por esposa os ha elegido;
y no ignorais lo que la ley ordena.

Amest. ¿Y de mi se dispone sin mi arbitrio?
¿Artaxerxes mi mano solicita?
¿no se contenta su rigor altivo
con quitar à su hermano la corona,
sino tambien su esposa? ¿y sois vos mismo
el que pagais sus hechos generosos,
dando este golpe mas à un hijo invicto?
pero Señor, en vano el orden vuestro
se juntará à ese ley que yo abomino:
nunca podré olvidar que vuestro labio,
mi mano al Heroe ilustre ha prometido
por premio de sus inclitos trabajos:
que aceptasteis vos mismo el sacrificio
de su ferviente amor; y que la muerte
apenas logrará quitarle el mio.
No habrá ley, ni poder q̃ ceder me haga:
à las promesas de los Reyes miro
como justos decretos de los Dioses.
Asi en qualquiera suerte, en qualquier sitio
que Artaxerxes se vea; de mi mano
siempre el dueño será solo Dario;
aunque infeliz lo veo y despojado,
nunca por el mi ardor fue tan activo:
y ojala quando todo lo abandona,
que le pueda servir mi amor de asilo.

Xerx. Para q̃ os lisonjeais con mis promesas?
la dura ley las ha ya destruído:
dexad pues esta frivola constancia,
y con afecto docil y submiso
mereced mis bondades. Ved Amestris
que antes que acabe el dia, yo imagino
que puede haber vuestro sentido labio
al amor y al amante maldecido.
Sea lo que se fuere, yo deseo
que Dario merezca amor tan fino;
pero no sé si sus amantes fuegos
de tan ferviente ardor se han hecho dignos.
Ignoro quales son: vuestro garante
conozco; vuestros dulces atractivos;
pero en este lugar hay hermosura
que pudieran vencerlo y dividirlo.
No puedo decir mas: à Dios Señora:
yo os lo dejo pensar, muy persuadido
de que presto vuestra alma generosa
hará con gusto lo que la suplico.

SCENA VIII.

Amestris.

Amest. ¡Que es lo que escucho, ò Dioses!
¿Que secreto
es este tan horrible y escondido?
¿que nueva tempestad se me prepara?
en-

entre congoxas barbaras espiro:
¿será posible que el objeto amable
à quien mi amor y vida sacrifico;
que Dario por fin à quien adoro,
tan infiel y perjuro sea conmigo?
Amestris infeliz ¿esta es la paga
de tus angustias, ansias y suspiros?
Pues que, quando mi ardor enamorado,
ya no es solo pasion, sino delirio;
se rinde aquel ingrato à otra hermosura,
y el Heroe à quien mi amor siempre ha creído
tan grande y generoso, que à mis ojos
quasi igualaba con los Dioses mismos,
¿es solo un vil traidor? Ah, cruel idea!
¿como he de resistir? ¿pero que digo?
¿mi razon se enagena? ¿porque causa
he de creer à Dario tan indigno?
porque lo dice un cruel que lo destroza,
y está ya costumbrado al artificio.
¿Dario à mi faltarme? ¡Santo Cielo!
yo no pudiera nunca concebirlo,
solamente el dudarlo es ofenderle.
No puede ser: que el Cielo jamás hizo
un corazon mas noble; mas heroico,
mas incapaz de perfidos delitos:
sin embargo, ha llegado Arcase; y veo
q̃ está ya en Babilonia, y no me ha visto.
¿De que nacen, ò Cielo! estos terrores
con que mi corazon se halla oprimido?
Vamos à averiguar esta sospecha;
si fuere fiel, muramos por Dario;
pero si me abandona, si es ingrato,
no he de tener piedad en su castigo.

ACTO II.

SCENA I.

Barsina, Arcase y Cleonte.

Bars. Ay Arcase! ¡si yo pudiera creerte
como se lisongearán mis deseos!
pero Barsina no es tan venturosa
que encienda de Dario el noble pecho.
¿Como quieres que crea que mi mano
de su inmortal valor pueda ser precio?
Pero dime, ¿es verdad q̃ el mismo Xerxes
te ha mandado aprontar nuestro himeneo?

Arc. Si Señora; por su orden os lo digo,
y él mismo os lo dirá de aqui à un momento.

SCENA II.

Barsina y Cleonte.

Bars. No me atrevo à creer esta esperanza.
Cleon. ¿Porque debeis Señora sorprenderos?
¿pues à que perfecciones mas amables
pudo ofrecer la llama de su afecto?
Bars. Ay Cleonte, no es siempre la hermosura
la que da de las almas el Imperio;
que solo la virtud es la que fija
con eterno poder constante fuego.
Pudiera persuadirme à que me adora,
si debiera estimarme; si mi pecho
menos infiel se viera contentado
con inflamar de un Heroe los incendios:
pero ligera yo viendo que à Xerxes
debi alguna intencion, algun empeño,
ansiosa de reynar, levanté osada
hasta Xerxes y el trono mis deseos.
En vano el fiel Dario contrastaba
mi ambicion con angustias, y con ruegos:
à pesar de su amor y sus virtudes,
le traté con desden. Mira con esto
si puedo persuadirme à que me adore,
sino debe el rubor:: mas justo Cielo,
el Rey viene hácia acá.

SCENA III.

Xerxes, Barsina, Tisaferne y Cleonte.

Xerx. Señora: Arcase
os habrá dicho ya con que ardimiento
Dario aspira à vuestra hermosa mano:
otra vez de mis ansias fue el objeto;
mas los años me privan de esta dicha.
Logre Dario un bien tan lisongero,
y logre yo con vuestra mano amable
dar à sus hechos altos digno premio.
Ya le he mandado que se vaya à Menfis,
y alli os esperará: vos disponeos
à partir y buscarle. Quiera el hado
formaros un destino el mas sereno.
Ocupaos tal vez en que mi hijo
sea siempre obediente à mis respetos:

fijad la veleidad de sus caprichos,
q̃ si os ama... mas Dios! que es lo q̃ veo!

SCENA IV.

Dario y los dichos.

Dar. En fin, hecha la paz y victorioso,
à vuestros pies rendido ofrecer puedo
los gloriosos laureles que he ganado,
y mostraros mi gozo y mi respeto.
Quanto me es dulce, ò padre!...

Xerx. Cierra el labio;
y lejos de mostrarme ese despejo,
escondente procura de mis iras.
¿Como tienes traidor, atrevimiento
de ponerte à mi vista? ¿porque causa
has venido sin mi orden à este Reyno?

Dar. ¿Desde quando, Señor, me hallais indigno?

Xerx. Desde que en ti, insolente, à ver empiezo
un rebelde à mis ordenes sagrados,
y à quien todo el furor de mis esfuerzos
no puede castigar como merece.
Pero à pesar de tu insolente arresto,
antes que el Sol acabe su carrera,
yo haré que tu obedezcas mis preceptos.

SCENA V.

Dario, Barsina y Cleonte.

Dar. ¡Que es esto, Santos Dioses! ¿q̃ discurso
es este de mi padre que no entiendo?
¿Debiera yo esperarme este recibo?
¿Desde quando soy yo su odioso objeto?
Señora; si me veis compadecida,
explicadme este barbaro misterio.
Yo veo que mi padre sin motivo
me trata con enojo y con desprecio:
vos, q̃ en su alma teneis tanto dominio,
no podeis ignorar la causa de ello:
decidmela, Señora, que mis ansias
la desean saber, por ver si puedo
satisfacerla humilde y sometido...
pero que? vos callais? Dioses eternos!
¿he de ver que en mi misera desgracia
todos los corazones son de yelo?
¿Tambien Barsina contra mi se vuelve?

Bars. No Señor. Yo conozco todo el precio
de vuestra alta virtud, y si reynara,
como decis, de Xerxes en el pecho,
nadie os amara con ardor mas vivo:
no fuerais à mis ojos el objeto
de un odioso capricho: y ni à los Dioses
tubierais que envidiar gloria y contento.
Atonita, confusa y sorprendida,
de mi subito horror volver no puedo,
y me confunde tanto lo que he visto,
que no puedo dudarlo, y no lo creo
porque sin este Xerxes tan terrible
q̃ ahora acaba con vos de estar tan fiero.
Jamás me ha parecido tan sensible
como ha poco lo estubo à mis deseos.
Ay Señor, si supierais que esperanza
ahora mismo le daba à mis afectos
en nombre de su hijo victorioso,
cuya gloria ya llena el Universo.
Me aseguraba fé y amor constante.
Quanto fuera mi gozo (Santo Cielo!)
si este Heroe generoso, ya sensible,
vencido de mi cruel remordimiento,
y conmovido de mi triste llanto;
si Dario por fin, amable objeto,
de tan voraces llamas; olvidando
el rigor de mis barbaros desprecios,
confiarme quisiera con su labio
que el discurso de Xerxes era cierto:
mi triste corazon, que se halla indigno,
solamente de vos pudiera creerlo.
¿Mas vos bajais los ojos? Santos Dioses!
que terrible! que barbaro silencio!
¡que digiste muger desventurada!
¿donde te han arrastrado tus desvelos?

Dar. ¿Que inaudito furor veo que reyna,
dando à todos horrores tan funestos?
no me engaña el oído; ¿y es Barsina
la que por mi desprecia trono y Cetro?
Barsina, que conmigo desdeñosa...

Bars. No aumenteis mi rubor y mis tormentos;
no hableis de mis injurias: ya bastante
las he borrado con mi llanto inmenso.
¿Mas decidme, Señor, el Rey me engaña?
¿no es verdad que aspiró à mi himeneo?
ahora me ha dicho que sereis mi esposo;
respondedme, por fin, ¿no debo creerlo

San-

*Dar.*SantoDios! lo q̃ he viſto, lo q̃ eſcucho,
pudiera prevenirſe? cada acento
aumenta por inſtantes mi ſorpreſa.
Ay Señora! qué puedo reſponderos?
¿Porq̃ quereis forzarme à q̃ os deſcubra
las interiores anſias de mi pecho?
pero en fin, yo os amé, no fuera juſto
dexaros engañar; y con mi genio
incapaz de artificios y traíciones
no pudiera apoyar un fingimiento.
Xerxes puede deſtruírme: mas ſi acaſo
os prometió efectuar nueſtro himeneo,
os ha agraviado mucho, pues él miſmo
fuera perjuro ſi quiſiera hacerlo.
De otro amor confidente à mi partida
me oyó hacer los mas ſantos juramentos
à la divina Ameſtris; que piadoſa
ſe dignó de aceptarlos ſin deſpego:
Pero ella viene: ¡ò Dioſes! que fortuna!

*Barſ.*Ya eſto es mucho, cruel! aqui te dejo:
goza de tu inconſtancia; pero ingrato
tiembla de mis furores y mis zelos.

SCENA VI.

Dario, Ameſtris, y Fenicia.

Dar. ¿Sois vos divina Ameſtris? ¿todavia
gozar de tanto bien me dexa el Cielo?
ſolo vueſtra preſencia calmar puede
la feróz inquietud de mis tormentos
à peſar de mi ſuerte. Mas que miro?

*Ameſt.*Supe q̃ eſtaba el Rey en eſte pueſto,
y venia à buſcarle: no à aun perjuro.

*Dar.*Yo perjuro? quien? yo? Dioſes q̃ es eſto?

*Ameſt.*No finjas mas, ingrato, no te tomes
eſe trabajo inutil y moleſto:
ni te receles que mi voz baldone
tu villana traícion: yo al Cielo dexo
el triſte afán de caſtigar perjuros.
Anda perfido vil, anda corriendo
à contentar tu ardor: pero tirano,
no me vuelvas à hablar en ningun tiẽpo.

SCENA VII.

Dario ſolo.

*Dar.*O muerte! ò fiera muerte! yo te invoco:
yo imploro tu aſiſtencia por conſuelo,
pues ſufro en eſte inſtante doloroſo
mas anguſtias que todos tus tormentos.
Si à la virtud no ſoſteneis, ò Dioſes!
contenteſe ſi quiera vueſtro ceño
en contraſtar la mia; mas piadoſos
dexád que la contenga mi reſpeto,
no conſintais que toda me abandone.

SCENA VIII.

Dario y Artaxerxes.

*Artax.*El Cielo en fin, ſenſible à mis deſeos
trae à la Perſia el Idolo que adora;
al Heroe mas iluſtre; al mas excelſo
de todos los mortales.

Dar. Decid antes
al que es mas infeliz que todos ellos.
O Artaxerxes querido! ò dulce hermano!
¿ſois vos à quien abrazan mis afectos!
¿venis à conſolarme en mis deſgracias,
quando à ſaber llegueis q̃ indigno premio
à mi fé ſe ha guardado?...

Artax. A peſar mio
ſoi confidente del diſguſto vueſtro.
El corazon me paſa vueſtra ſuerte,
y tener parte en ella es lo que temo.

Dar. Vos parte, hermano mio? ¿porq̃ cauſa,
quando tantas virtudes en vos veo
confundiros pudiera con ingratos?
no me quexo de vos, antes me tengo
por feliz de que pueda en mis deſgracias
derramar mi dolor en vueſtro ſeno;
pues por mas que os prefiera el Rey mi
padre,
nueſtra tierna amiſtad no ha de arder
menos;
y ſi un dia me ſiento ſobre el trono,
vereis ſi en vano os lo juró mi pecho.

Artax. Ay Señor! ya conozco que Dario
aun no ſabe el rigor de ſu hádo adverſo:
ya ſu gran corazon à ſu grande alma
en tan funeſto error dexar no debo.
Yo ſeria un traidor ſino os dexára
la mano que os eſtá cruel oprimiendo:
y que mano, gran Dios! la mas querida:
pero ſin mi deſignio, ſin quererlo;
de las mas liſonjeras eſperanzas
quita à vueſtras virtudes todo el premio:
ſolo por mi obediencia eſtoi culpado:
jamás pensé Dario en ofenderos;
y creed q̃ à mi peſar ſe os quita el trono:

creed tambien q̃ mi padre en este intento,
no ha consultado mas que el gusto suyo;
y que en fin aceptar su dón no quiero,
sino para partirlo con mi hermano,
aspirando à que quede satisfecho.

Dar. Yo renuncio sin penaImperio y trono;
con que me crean digno me contento;
y si algo me disgusta es solamente,
que lo acepte mi hermano; consintiendo
en que se me haga tan mortal injuria:
esto si que me llena de despecho.
Oh, que infelice soi! contra mi se arman
la sangre y el amor à un mismo tiempo,
y me arrojan las manos mas queridas
del trono de mis inclitos abuelos.
O destino! ¿aun te quedan mas rigores?

Artax. Escusadme, Señor, esos lamentos.

Dar. ¿Y porq̃ he de privarme de la quexa?
¿porque he de ahogar mi llanto, quando veo
que todo me abandona y me deshonra?
que en lugar de las gracias que merezco
solo recibo injurias y pesares.
Que mi padre con frivolos pretextos
me hace salir del Asia, y cruel me envia
à turbar con las armas unos pueblos,
que no le han ofendido, solamente
para darme à su salvo el golpe fiero
de quitarme Diadema, que mi brazo
la supo defender con tanto esfuerzo.
Ya no me espanta ver que mis amigos
procuren evitarme con despego;
y una amante, irritada sin motivo,
de perfido me trate. Ya comprendo
q̃ un Principe infeliz que está sin trono
no es digno de ofrecerle sus afectos;
solo un hermano ingrato me sorprende;
no lo hubiera creido, lo confieso.
Cruel! yá no te queda que quitarme
mas que el objeto de mi amante fuego:
pues la ley os la entrega en este dia,
¿porque no me quitais tambien su afecto?

Artax. Como podeis pensar que yo os le quite:
ved quan injustos son vuestros recelos.
Yá os he dicho, Señor, que à pesar mio,
de un padre los mandatos obedezco,
y es para mi desgracia esta fortuna.
No es el trono, Dario, al que yo anhelo,
ni el bien que estais amando solicito:
yo sabré respetar vuestros deseos.
Sé que amais à Barsina, que mi padre
os lo dá con Egipto, y yo os lo cedo.
A otra hermosura adoro. En este dia
me ha de juntar el placido himeneo
con la divina Amestris.

Dar. Dioses santos!
solo esto me faltaba. Si: yá veo
que es preciso q̃ yo haga un gran delito.
Tiembla de mi valor si me resuelvo:
perfido, vil, traidor, y conjurado
contra mi mas que todos; ¿con q̃ puedo
odiarte ya à mi gusto? Cielo Santo!
quando en tanto pesar yo me consuelo,
con pensar q̃ à lo menos me ha quedado
un hermano fiel, en cuyo seno
me puedo desahogar: hallo que loco
confio mi dolor, mis ansias cuento
al perfido traidor, al enemigo,
que mas tirano me atreviesa el pecho.

Artax. Vos me inquietais hermano; declaraos:
vuestro discurso es duro, y no lo entiendo.
O calmád esas furias no esparadas,
ò el motivo decid.

Dar. Con este azero,
que de la Persia fixa los destinos,
te lo sabré decir. Este es el medio
de entendernos mejor, y es el estilo
propio de dos rivales: por lo menos
mientras fueres el mio, nunca aguardes
se explique de otro modo mi despecho.

Artax. Vos mi rival? ò Dios!

Dar. Pero terrible.

Artax. Asi sois mi rival? os compadezco.

Dar. No he menester piedad. Quien compadece
se declara dichoso. Yo no creo
que tu lo puedas ser, ni de ti aguardo
mas que furores y aborrecimientos.
Ese amor, insolente, que declaras
à la que yo idolatro, ya ha desecho
quantos ñudos tegia à nuestra sangre,
y en ti no miro ya sino à un perverso.

Artax. Yo perdono al dolor q̃ te atormenta

ese loco furor, esos desprecios,
conociendo el motivo: tus ultrages
me inspiran mas piedad; y hasta lo inmenso
han de llegár las finas evidencias
de mi fiel amistad, y que à mi exemplo
no se olvide Dario de la suya:
mas si acaso no hiciere este recuerdo,
por lo menos no olvide que su labio
debe à su Rey hablar con mas respeto.
Dar. Tu, ingrato! tu mi Rey? de tu osadia...

SCENA IX.

Artebano, Tisaferne y los dichos.

Art. Xerxes llama à los dos; id al momento,
porque desea con ardor hablaros.
Artax. Venid, Dario, pues, y allá veremos.
Dar. Veremos qual merece de nosotros
sucederle en el trono de este Imperio.
Tu q̃ siempre empeñado en disgustarme,
les estás à mis ojos ofreciendo
la imagen de un vasállo temerario.
Tu que inspirando perfidos consejos,
à un debil corazon has conseguido,
quitarme el fruto de mis altos hechos.
Tu en fin, que ya has logrado hacerme esclavo,
quando me hacia Rey mi nacimiento;
favorecido indigno! si los Dioses
y las leyes no son bastante freno
para domar tu orgullo; de mi brazo
teme la furia ardiente por lo menos.

SCENA X.

Artebano y Tisaferne.

Art. Anda, ya lo verás. De tus furores
las vanas amenazas yo no temo.
Yo sabré reprimir tanta osadía.
Tis. Ay Señor! que mi pecho ha estado inquieto.
Sobre todo, he temblado esta mañana
quando à Xerxes con vos miré tan serio.
Art. Que puedes recelar de un alma debil,
à quien solo el mirarme inspira miedo,
y no se atreve à hablar: apenas dixe
una palabra, quando ardiente y ciego
descargó sus furores con Dario.
Por Merodate supe con secreto
que camino trahia, y con estudio
me fuí por otra parte, dando tiempo
à que llegara aqui. Despues le dixe,
que su hijo venia tan cubierto,
que no pudo encontrarle mi cuidado
por mas ardor q̃ puse. Que este empeño
de esconder su venida, y su camino
me hacia sospechar un mal intento.
Nadie tiene menores apariencias;
pero el Rey se tragó todo el veneno.
Dario está perdido: todavia
su virtud se sostiene; pero presto
le he de hacer vacilar. Tu mismo has visto
con quanto odio me mira: yo pretendo
que en este dia implore mis auxilios,
y procure ganarme con sus ruegos.
Artaxerxes le teme, el Rey le ódia;
este es el punto crítico, el extremo
en que ponerle quise, y pues lo logro,
de todo lo demás responder puedo.
Vén, Tisaferne, vén, que ya mis ojos
chispean del Diadema los destellos;
y à lisongearme empieza mi esperanza:
con un delito mas, todo lo obtengo.

ACTO III.

SCENA I.

Amestris y Fenicia.

Amest. Yo quiero hablar à Xerxes: no te canses,
q̃ no me has de impedir q̃ à verle entre.
Fen. ¿Y que teneis, Señora, que decirle?
Amest. Yo quiero q̃ mis furias se contenten,
y vengarme, Fenicia, de un ingrato,
de un vil amante, de un traidor aleve.
Fen. Por tan cortos y debiles indicios,
habeis de creer q̃ un pecho q̃ fue siempre
tan sensible a la gloria, haya podido
con tantos juramentos...
Amest Tu ya infieres
el ardor con que el perfido me busca
solo para querer satisfacerme:
el traidor, encantado con la nueva
victoriosa pasion que su alma enciende,
ni siquiera se acuerda de mis ansias.
Sabe que hai en el mundo almas fieles,
que por su causa se hallan condenadas
à

à tormentos atroces y crueles.
Ay misera de mi! quiere el ingrato,
(mientras por él mi corazon fallece)
à costa de mi gloria; à su querida
la jura idolatrada para siempre.
Quizá tiene rubor de haberme amado,
y para persuadirla, la promete
la misma mano, que de mi separa;
sino, dime: ¿porque no viene à verme?
¿No le basta saber mi desconfianza
para venir corriendo y defenderse,
y enjugarse los ojos con su mano?
Pero ay Dios! que cuidados diferentes
le deben ocupar: quizá procura
que su himeneo luego se acelere,
y poner fin con él à mis desdichas.
Pero que es lo que digo? ¿porque quiere
rendirse mi dolor? piense en vengarse.
Santo Dios! Artaxerxes acá viene;
parece que me busca la venganza,
y pues las leyes mandan que yo reyne;
la mano que el cruel me ha desdeñado,
en este mismo punto he de ofrecerle.

SCENA II.

Artaxerxes y las dichas.

Art. Sin recelo, Señora, de ofenderos
à vuestros ojos presentarse puede
un amante que aspira à vuestra mano
sin que vuestra licencia consiguiese.
Amestris, perdonadme, yo no ignoro
quanto vuestras virtudes se merecen:
mas timida mi voz no se ha atrevido,
sino abrigada de las santas leyes.
No por eso mi llama enamorada
vuestro alvedrio violentar pretende;
arbitra sois de vuestra hermosa mano,
me la podeis negar; y harto se teme
mi desconfiado amor, que este partido
vuestro pecho cruel contra mi acepte;
acostumbrados vuestros bellos ojos
à mas dulces afectos, ¿cómo pueden
estimar de mi amor el sacrificio?
nada veo que no me desespere,
que causas de temer, aunque con ellas
de Dario los meritos no cuente.

Amest. Yo os confieso, Señor, que le he querido,
no fuera justo que mi labio niegue
un ardor que la gloria justifica,
mientras aquel traidor, aquel aleve
no ha faltado à su fé. Yo hice mi dicha
de que mi ardiente amor correspondiese;
y ahora tambien la hiciera, si el ingrato
no me hubiera forzado à q̃ me vengue.
Mas, Señor, arrancádme, si es posible
este funesto ardor que me posee.
Vos no vereis q̃ oponga à vuestra llama
la memoria de amor tan delinquente.
Yo misma ayudaré para enseñaros
el modo de agradarme y complacerme:
aplicaos à afan tan generoso:
nuestro himeneo luego se celebre
à vista del perjuro. A vuestro padre
decid que ya mi pecho está obediente;
preparadle, Señor, que yo os ofrezco
no resistir un apice à las leyes.

Artax. El Cielo no permita que yo quiera
empeñaros en ñudos que no teje
con su mano el amor, sino el despique.
Quando vuestro despecho me promete
de un himeneo pronto la ventura,
veo que vuestro amor no lo consiente.
Yo os amo, bella Amestris, pero nunca
de una llama mas pura, mas celeste
la virtud ha encendido los ardores.
Con mi sangre comprara, si pudiese
obtener un momento vuestro pecho;
pero le estimo tanto, que no puede
determinarse el mio à conseguirlo,
sino por medios nobles y decentes.
Quando supiera que mi triste labio
hará que vuestro afecto se renueve;
yo no puedo dexár al fiel Dario
abandonado à engaños tan patentes.
Vos le tratais de perfido y perjuro,
y concibo de que vuestro error pende:
mas si lo hubieran visto vuestros ojos
entregado à las ansias mas crueles,
como ahora poco lo mire yo mismo,
no seria posible lo creyesen.
A Dios, Señora, à Dios. Yo os aseguro
que Dario no es perfido, ni aleve:
dad credito à un rival; que me odiaria
sino os amara con pasion ardiente.

SCENA III.

Amestris y Fenicia.

Amest. Sãtos Dioses! yo quedo confundida:
¿es verdad que Dario no me ofende,
y es su mismo rival quien me lo dice?
él me lo justifica y compadece,
mientras que mis furores vengativos
con colerico afán quieren perderle.
¿Posible es que mentira tan odiosa
haya llegado tanto à obscurecerme
mi infelice razon? dos corazones
que se aman no debieran encenderse?
O qué insensata soi! ¿cómo he podido
hacer à sus virtudes eminentes
tan barbara injusticia? ¿yo inhumana,
por premio del ardor con que me quiere,
yo me junto al tirano que le oprime?
¿yo adorno con mis manos inclementes
el Altar y la victima? ¿y yo mato
à un tierno corazon que por mi muere?
yo perderé la vida à estas angustias.
Pero, ay Cielos! que él mismo hácia acá
viene.
Vén conmigo, Fenicia, de aqui huyamos,
que no tengo firmeza para verle.

SCENA IV.

Dario y las dichas.

Dar. Deteneos, Amestris, que no vengo
à importunaros con mi triste suerte,
el furioso dolor que me destroza
con vos siquiera sincerarse emprende;
pues sé que no contentos mis contrarios
con quitarme el Laurel que se me debe,
hasta del bien me privan que idolatro,
y con mil artificios le sorprenden:
pero temo que os llegue el desengaño,
y que el arrepentimiento os atormente;
y antes de ver que vuestro pecho sufre,
quisiera yo morirme muchas veces:
solo os vengo à pedir que quando logre
con el Laurel ceñirse vuestra frente,
no despreciеis à un Principe que os ama:
yo adornar esperé con él mis sienes;
pero queria mi amorosa llama
à vuestros pies ponerle reverente.
Ya el destino me priva de este gusto,
y yo porque mis quexas no os molesten,
lejos de vuestra vista me iré solo
à sepultar mis miseros rebeses.
A Dios, hermosa Amestris. Mas q̃ miro!
vuestros divinos ojos llanto vierten!
esa amable piedad es la que solo
en mis desdichas puede sostenerse.

Amest. Ay Principe infeliz! no es el destino
quien causa tu dolor unicamente;
por premio de tu amor y tu constancia
tambien la cruel Amestris te acomete.
¿Qué he hecho yo desdichada? ¿qué artificio
pudo à tantos horrores impelerme?
¿como un fiel corazon que te idolatra,
que à tu menor discurso se enternece;
ha podido furioso perseguirte
mas que un Ministro fiero, è insolente,
y mas q̃ un debil Rey, à quien en vano
mi mucho amor à mi delito absuelve!
pero ya no es posible que con gritos
y con lagrimas solo se contente
mi triste corazon arrepentido:
no querido Dario; vén à verme
insultar la fiereza de tu padre:
alli à sus ojos mismos he de hacerte
juramento de nunca abandonarte:
à pesar de su colera vehemente
he de aceptarte por mi tierno esposo,
y mi mano y amor he de ofrecerte.

Dar. Deteneos, Princesa; eso me basta;
yo soi dichoso ya; pues me protejes:
ya no temo à mi padre, ni à mi hermano:
en solo mi valor fiarte puedes:
yo sabré disputar, Amestris mia,
tu amable corazon contra Artaxerxes,
y pues tu me lo vuelves, su himeneo
menos seguro está, que no su muerte.

Amest. Ay Dario, no insultes no, su vida;
porque si todos los rivales fuesen
tan generosos como lo es tu hermano,
habria entre ellos menos delinquentes:
de mi funesto error el desengaño
à sus sinceros labios se le debe,
y sensible à tus ansias, mui distante
de querer en mis iras sostenerme;
se resistió à la oferta de mi mano,
que le hicieron mis furias imprudentes.

Ay Dario ! yo temo tu violencia;
partamos de esta Corte si lo quieres :
yo estoi pronta à seguirte à qualquier parte.
Huyamos lejos del tirano Xerxes ;
mas dexando estos perfidos lugares,
salgamos mas virtuosos si ser puede :
vamonos pues. Yo espero que los Dioses
protejan nuestros fuegos inocentes,
q̃ manchados no están. Yo me contento
con tu amor y tu fé. Pero el Rey viene;
cuidado no le digas cosa alguna
que pueda disgustarle.

SCENA V.

Xerxes, Artebano, Tisaferne y los mismos.

Xerx. ¿De esta suerte
se respetan mis ordenes ? ¿contra ellas
vienes à hablar à Amestris, insolente?

Amest. ¿Desde quãdo le ha sido prohibido?
Ay Señor ! ¿es posible que tolere
vuestro amor paternal tanta injusticia
contra un hijo virtuoso y obediente ?
¿no ha de poder siquiera despedirse ?
y de todo vuestro odio ha de ofenderse?
Santos Dioses, que horrible tirania !
ay! no creais, Señor, que yo le enseñe
à faltar de su padre à la obediencia :
de un hijo tan submiso nada debe
recelar vuestra saña ; mirád como,
ni siquiera se quexa de su suerte,
ni las lagrimas tristes que derramo,
ni de tantas promesas tan solemnes,
la vulnerada fé, ni los derechos
de la justicia en su favor inermes;
y en fin, ni aun el exemplo contagioso
de vuestras artes y asechanzas crueles,
(aunque tan à su costa) no han podido
el generoso pecho corromperle.

Xerx. Por su propio interés me lo persuado;
ni pienso que el respeto me vulnere :
que parta sin embargo, y que esta noc
mui lejos de mi Corte ya se encuentre;
vos conmigo venid; su hermano aguarda.

Amest. ¿Y adonde ?

Xerx. En los Altares.

Amest. No me espere.
De otro mas dulce esposo à las prisiones
yá está mi alma sujeta para siempre.
Aqui, Señor está, vedle, y vos mismo
juzgád de mi eleccion despues de verle.
A Dios tierno Dario : vé seguro
de que seré tu esposa hasta la muerte;
y que sabré enseñar à los amantes,
que en el caso que yo tristes se vieren,
à burlar de un tirano los furores,
que para eso hai venenos y cordeles.

SCENA VI.

Xerxes, Dario, Artebano y Tisaferne.

Xerx. Adonde estoi, ò Dios! ¿con q̃ osadia
insulta à mi decoro esta insolente ?
¿cómo en este lugar, en donde tengo
en mi mano el destino de los Reyes,
y donde hago temblar al Universo;
con orgullosa voz à hablar se atreve ?

Dar. Ay Señor ! perdonád à una infelice
amante despachada, este ferviente
primer impulso de su horrible pena.
Ay padre amado ! vuestra saña quiere
desunir dos amantes corazones,
à quien ningun rigor desunir puede.
Decidme : ¿qué delito he cometido ?
y si creeis à vuestro hijo delinquente,
¿porque no le castigan vuestras iras?
porque, en fin, ya es preciso q̃ confiese,
que antes de abandonar à la que adora
he de perder la vida muchas veces,
pues hasta dar el ultimo suspiro
nadie podrá de Amestris desprenderme:
¿qué hazañas son, Señor, las de mi hermano,
que tanto vuestro afecto le prefiere ?
¿donde están los Estados, las Provincias
que ha conquistado con amor ardiente?
¿donde tiene los nobles cicatrices
ganadas en la guerra ? que las muestre.
Criado en las delicias de la Corte
solo ha visto del trono los placeres :
yo si, para reinar tengo servicios,
derechos, sangre, y zelo reverente;
¿y con todo, Señor, habeis mandado,
que yo sea su esclavo, y que él gobierne?

Xerx. Tu deseas reinar, pero creiste
que

que bastaba que el pueblo te eligiese;
por eso le ganaste. Nunca pasas
por Babilonia, sin que mucha gente
te salga à celebrar. Y si en la guerra
alguna gloria tu valor adquiere,
vuelve con tal orgullo, con tal aire
que parece que à todos mandar quiere.
Sin embargo, yo debo confesarte
que en algo mi rigor contigo excede,
pero si tu deseas aplacarme,
antes has de empezar à obedecerme.
Ahora mismo te pido un sacrificio,
y es que partas de aqui sin detenerte.

Dar. Yo he de partir, Señor?

Xer. Tu, temerario!
y si antes que el Sol su luz aumente
no estás ya mui distante de la Corte,
la vida ha de costarte. Yá lo entiendes.
Artebano, te encargo su persona,
y cuydado que tu has de responderme.

SCENA VII.

Dario, Artebano y Tisaferne.

Dar. No es menester que nadie te responda,
ò Rey! ò padre injusto, è inclemente!
pues tienes mis destinos en tus manos.

Art. Qué haceis? callád, Señor, véd que el Rey puede
oíros todavia.

Dar. Vé à otra parte
con tus consejos perfidos y aleves:
obedece el mandato de mi padre,
sino te haré yo mismo obedecerle.

Arteb. Escuchadme, Señor, menos airado;
aun no me conoceis bastantemente,
ni vuestra desconfianza, ni el desprecio
q̃ por mi y por Barsina afectais siempre,
ni de un padre el rigor que os tiraniza,
han podido hacer nunca que se altere
el amor y respeto de Artebano.
Vuestras altas virtudes enternecen
tanto à mi corazon, que à sus ultrages
responde con afectos reverentes.
Es verdad que yo al Rey he persuadido
cediese el trono al hijo que prefiere,
pero bastante expio este delito
con lo mucho que mi alma se arrepiente.
O que insensato soi! ¿que es lo que hice
con mis consejos necios, è imprudentes,
sino privar à todo el Universo
del mejor y mas digno de los Reyes!
Yo conozco, Señor, que un atentado
de tanta consequencia, no le puede
mi dolor reparar, sino ayudando
à vuestro justo ardor à que se vengue.
No esperabais oír este discurso
del labio de Artebano, y os sorprende,
pero si debe al Rey mil beneficios,
expiar sus delitos tambien debe;
desde aqui ya mi zelo os reconoce
por su Rey y Señor, despues de Xerxes.
Yo os ofrezco mi brazo y mis tesoros,
y el poderlo lograr de vos depende.
Hagamos explicar à los soldados,
y vereis quanta tropa se nos viene.

Dar. Que es lo que escucho, ò Dios! ¿cómo Artebano
pronuncia este discurso? ¿le parece
que mi fiel corazon es como el suyo?
si él es bastante vil, para que en breve
olvide de su Rey los beneficios,
en otra parte busque los aleves,
que se quieran juntar con su perfidia.
Yo sometido à las sagradas leyes
que me impone el respeto, me baldona
hasta la sutil quexa, que me suele
arrancar el dolor, y en él adoro
la imagen de los Numenes celestes.
Santo Dios! ¿Qué yo turbe sus estados?
¿q̃ yo hiciera traícion al grande Xerxes?
¿cómo ha podido tu atrevido labio
tan atroces delitos proponerme?

Art. Señor, no bien interpretais mi zelo.

Dar. Ese zelo es infiel y delinquente.

Art. Pues el Cielo nacer mi Rey os hizo.

Dar. Ese titulo à mi no me conviene.
Tu zelo es demasiado, y yo no puedo
estimar à quien perfido me quiere.

Art. Y yo Señor, y yo mas admirado
de ver tantas virtudes eminentes,
cada vez mas celebro al gran Dario:
su corazon ilustre me enternece,
pues con tantas razones de quexarse,
à su padre rendido se mantiene.
Ahora me pesa mas haber quitado

à Babilonia un Rey tan excelente,
que no solo renuncia la Corona,
el brillo de una Corte, y sus placeres,
sino tambien que al dueño que idolatra
està para perder, y lo consiente.
Dar. Ah, cruel Artebano! ¿quien te inspira
esos negros furores? ¿qué pretenden
à mi debil flaqueza tus astucias?
dexame mi respeto; no le inquietes.
Yo siento que al horror de esta memoria
no desiste mi amor, mi virtud cede;
y para conservarme el bien que adoro
no habrá nada en el mundo q̃ no intente.
Si es verdad, Artebano, ¿cómo dices,
que te interesa mi infelice suerte?
yo imploro tu piedad, à ella me acojo,
pero sobre este punto solamente.
Art. Pues bien, Señor, yo haré q̃ la Princesa
de aqui salga, y con vos consiga verse:
entre tanto un lugar quieto y seguro,
serviros puede de escondido albergue.
En este gran Palacio (del que quiso
vuestro padre arrojaros para siempre)
mandaré que la Guardia se separe,
y en el instante que la noche cierre,
sacarémos à Amestris de su estancia.
Mas que es esto, Señor? Dario teme,
y espera à que le quiten sus contrarios
su querida, y su aliento de repente?
Dar. ¿Y quieres q̃ atrevido me introduzca
en lugar tan sagrado?
Art. Qué os detiene?
¿y qual otro mejor podrá ocultaros?
¿qué mortal hai q̃ en el buscaros puede?
Dar. Pues bien: yo me confio à tu cuidado:
en mi vida infeliz poco se pierde,
y solo os pido (ò Dioses Soberanos!)
salir de estos lugares, inocente.

ACTO IV.

SCENA I.

Artebano y Tisaferne.

Art. Yá se acerca mi dicha; yá la noche
cubre la tierra con su obscuro velo,
y el Principe Dario està en mi mano.
Todo me sale, Amigo, como quiero.
Aqui vendrá mui presto la Princesa,
y su amante la espera con anhelo.
Esto es lo que queria. Corre, amigo,
vé à informar à Artaxerxes de todo esto:
dile que yo le engaño, y que yo ayudo
à su hermano à que logre sus deseos;
que el objeto es robar à la Princesa,
y que ya están tramados los conciertos.
Hablale mal de mi, como indignado
de una traicion tan perfida, y te advierto
que es esta circunstancia necesaria.
Anda de prisa pues, no pierdas tiempo.

SCENA II.

Artebano solo.

Art. Divinidades palidas y obscuras,
q̃ atormentais las sombras del Averno,
derramando el terror y la venganza,
en vuestro triste pavoroso Imperio:
venid, ved à un mortal, q̃ es mas terrible
que las furias que agitan vuestro seno;
venid, y aprendereis de sus furores
lo q̃ en vuestra region no tiene exẽplo.
La sangre mas ilustre y mas gloriosa,
que tiene en su extension el Universo,
vá à derramar mi mano vengativa;
todo se vá à llenar de susto y miedo:
todos van à temblar de horror y sangre,
y yo voy à subir al trono excelso.
Virtud, aunque son dulces tus alhagos,
se pueden desdeñar por tanto precio.
Pero Dario viene.

SCENA III.

Dario y Artebano.

Dar. Donde, Amigo,
¿donde está la Princesa? ¿vendrá presto?
Art. Calmád vuestra inquietud, porque yo mismo
voy à hacer que aqui venga en un momento.
Esperaba las sombras de la noche
para hacer que viniera con secreto:
ya tengo los soldados escogidos
que os deben al exercito ir siguiendo:
todo dispuesto está, no desconfio
sino de Amestris misma, pues su miedo,
ò bien su desconfianza la acobarda,

y la he visto con animo perplejo:
sin duda le parezco sospechoso;
dadme vuestro puñal, pues à su aspecto,
viendo en mi manos este fiel testigo
no tendrá mas sospechas de mi zelo.
A Dios, q̃ haré que venga en el instante,
y que se forme vuestro lazo eterno.

Dar. Corre, Amigo, que el tiempo es mui precioso,
y muere de su afán mi triste pecho.

SCENA IV.

Dario solo.

Dar. Qué es lo que hago infeliz! ¿con que esperanza
en tan profundo abismo à entrar me atrevo?
¿cómo se muda un corazon que estaba
tan lleno de su honor y su respeto?
¿yo violo hasta el Palacio de mi padre?
yo que yo à mi me baldonaba austero
la mas ligera quexa, y que orgullloso
de mi exacta virtud estaba ciego;
me rindo sin combate, y à ser paso
de amante desgracíado, hijo perverso?
yo no sé que terror me turba el alma;
por mas que le combato, no le venzo.
Bien sé q̃ voy à ver el bien que adoro,
al dueño que idolatro, y con todo eso,
lejos de que me alague esta esperanza,
solo siento congoxas y tormentos.
Mi corazon, que tanto en los combates,
se hizo famoso por su heroico aliento
¿de que tiembla turbado? se acobarda
y no sabe la causa de su riesgo.
Mas gente viene. Ay Dios! que es la Princesa!
quanto necesitaba este consuelo.

SCENA V.

Dario y Amestris.

Dar. En fin, yo os vuelvo à ver, Amestris mia:
y mis temores cesan quando os veo;
ya os estaba acusando la tardanza
el ardor impaciente de mi afecto.

Am. Si yo credito diera à mis temores,
no debiera, Señor, venir à veros.
¿Qué confidente barbaro y horrible,
ha ido à escoger vuestro confiado pecho?
¿à que podeis sus manos delinquentes
destinar, que no sea à los excesos?
¿es posible, Señor, que ya no os queda
de tanto amigo fiel y verdadero
mas q̃ solo Artebano, un vil Ministro
de otro odioso tirano y mas perverso?
¿el que quizá de vuestros enemigos
es el mas pertináz y el mas funesto?
¿y vos con un valor tan sobre humano,
tan poco cauto sois, tan poco cuerdo,
que à los amigos perfidos de Corte
se entregue sin prudencia vuestro pecho?
yo tiemblo à cada instante: à cada paso
un subito terror me hace de yelo:
hasta el silencio horrible y pavoroso,
que reina en el Palacio, me dá miedo.
Todo de horror me llena, y mil presagios
de la muerte me pintan el aspecto:
vos no la veis, Señor, vuestra grande alma
ha hecho un barbaro estudio, un afán fiero
de acostumbrarse à despreciar su estrago.
Yo, que conozco ya vuestro desprecio,
instruída con las lagrimas amargas,
que me han costado vuestros muchos riesgos,
me parece que os miro à cada instante
con un puñal atravesado el pecho,
y la vida anegada entre la sangre
que derrama la herida que os ha abierto.
Huíd, Señor, de este sitio; y à mis ojos
librád del espectaculo funesto
de veros dár la muerte entre mis brazos,
sin que puedan mis ansias defenderos.
Idos presto de aqui, si: y vuestras huellas
no quieran profanar mas largo tiempo
este lugar sagrado, en donde nunca
debeis entrar con sombras de misterio.
Id, Señor, à esperarme en otro sitio,
y dexád à mi amor el afán tierno
de buscaros, y huír de una vil Corte.
Sobre todo, libraos de este riesgo.

Dar. ¿Cómo quereis, Princesa, que yo haga
(como me proponeis) tan vil consejo?
yo no sé del Palacio las salidas,
y quando las supiera, quando el Cielo

vibrára contra mi todos ſus rayos.
¿Cómo quereis que tenga tan vil pecho,
que os deje abandonada en tal peligro?
No puede ſer. Por otra parte eſpero
que Artebano me cumpla ſus promeſas:
deſpues q̃ tanto como por mi ha hecho
ſu fé no puede ſerme ſoſpechoſa.

Am. Vuelve infeliz los ojos: vé al objeto
que à eſte ſitio ſe acerca y reconoce,
ſi te ha engañado el perfido,el perverſo.

SCENA VI.

Artaxerxes y los dichos.

Art. Eſpera. De un aviſo tan ſeguro
à creer no me atrevia lo que veo
tampoco veroſimil, tan eſtraño
es que ninguno tenga atrevimiento
de citarſe à unas viſtas amoroſas
en medio de la noche, y con ſecreto,
profanando el decoro reſpetable
de un lugar tan ſagrado, y tan excelſo
que aun que viendolo eſtoi,caſi lo dudo;
¿y el ardor de mi colera defiendo?
ò Dioſes inmortales! ¿deſde quando
en un recinto, que el feliz reſpeto
a los humanos hizo inaceſible,
han encontrado los Amantes tiernos
pacifica y ſegura retirada,
en donde contentar ſu ardiente fuego?
¿quien hubiera penſado que podia
un Principe haſta aqui de virtud lleno
paſar à tan horrible deſacato,
que guiado por ſolo ſu deſpecho,
con atrevida planta violar oſe
haſta el auguſto alvergue, el mas ſecreto
retiro de ſu Rey, y de ſu padre?
¿qué inſulte de ſu enojo el ardimiento,
y que procure à ſus vaſallos miſmos
correſponder con tan indignos medios?
q̃ pretendeis hacer? ¿porque à Artebano
ſeducis con porfias y con ruegos?
¿qué teneis que buſcar en eſte ſitio?
¿porque os introducis à eſte apoſento?

Dar. ¿Y porque os atreveis à preguntarme?
¿debo yo revelaros mis proyectos?
creedme, Artaxerxes, tu ambicion no abuſe
con eſe arrojo del poder ſupremo,
que aun no eſtá mui ſeguro en vueſtra mano:
ingrato corazon! haga recuerdo
tu vanidad altiva de mi Cuna,
y demás altos sólidos derechos!
ſobre todo, no olvide que Dario
es quien debe mandar en eſte Reyno.

Art. Yo temo que eſa frivola eſperanza
es la que eſtá tus paſos dirigiendo,
y q̃ aqui no has venido como Amante
porque ſon mui traidores tus intentos.
Si tu à Ameſtris buſcarás ſolamente
no vinieras à verla en eſte pueſto;
lugar tan peligroſo y tan terrible,
no es aſilo de amantes devaneos,
y Artebano es impropio confidente
para ſervir de amor à los miſterios;
mui diſtintos deſignios ſe propone
quien ſe vale con arte de eſos medios.
Mas ¿porque eſtá tan ſolo eſte Palacio?
¿dónde ſu Guardia eſtá que no la veo?
¿qué novedad es eſta? Santos Dioſes!
¡qué proyectos de horror à ver empiezo!

Dar. Yá ſufro demaſiado, y ſi tu labio
no ceſa en ultrajarme, aqui me esfuerzo.

Art. Deteneos por Dios. No sé que voces,
no sé que horribles pavoroſos ecos
han llegado haſta à mi: toda la ſangre
me ha quaxado el terror dentro del pecho.

Dar. Tiembla,traidor,q̃ ya viene mi padre,
y à ſu viſta (infeliz) vete corriendo:
evita ſu furor. Pero qué miro!
Dioſes divinos, qué terrible objeto!
Artebano, ſois vos? ſois vos?

SCENA VII.

Artebano y los dichos.

Art. O Dioſes
inhumanos! crueles y ſangrientos!

Artax. Qué ha ſucedido pues? habla Artebano,
qué tranſporte te agita?

Art. Santos Cielos!
ſi veis la impiedad de los humanos
¿cómo teneis los rayos tan ſuſpenſos?
y tu, brillante Sol, que nos amparas

y eres de Persia protector excelso,
no disipes las sombras de la noche,
sino quieres mirar estos excesos,
ni alumbres à los hombres con tus rayos,
porque ya no merecen tus destellos.

Artax. ¿Pues que nueva desgracia inesperada?...

Art. Ha Señor, erais vos? qué dolor fiero!
Xerxes no vive ya.

Artax. Cielo Divino!
mi padre ya murió?

Dar. Mi padre ha muerto?

Am. Ah! q̃ muerte tan pronta, è improvisa
excita à mi temor muchos recelos.

Art. Si Señor, que murió con tres eridas:
una mano cruel le ha roto el pecho.

Artax. ¿Qué es lo que oigo, Dario?

Dar. Ah, Artaxerxes!

Art. Qué mano tan cruel! Dioses! à Persia
reservais un delito tan horrendo!

Dar. Dexa esos vanos frivolos gemidos,
y danos mas noticia del suceso:
tu, que encargado estabas de esos dias,
solo le das esteriles lamentos.
¿Asi has cuidado tan preciosa vida?
¿no te la dió en deposito el Imperio?
¿qué es lo que has hecho de él? habla,
Artebano.

Art. Y à mi osais preguntar, ¿qué es lo
que he hecho?
qué osadia! tembláð.

Dar. Habla mas claro,
que impaciente me tienen tus rodeos.

Art. Ni aun la misma inocencia no tubiera
semblante mas tranquilo y mas sereno:
debe de estar versado en los delitos:
¿quién me puede escuchar con tal despego?

Dar. Yá no puedo sufrir tanta osadia.
¿Qué es, insolente, lo que estás diciendo?
¿con quien hablas, tirano?

Art. Con vos mismo.

Dar. Conmigo, vil? conmigo?

Art. ¿Y con quien puedo
hablar si vuestra mano parricida
es la que ha dado un golpe tan funesto?

Dar. Monstruo impostor?

Art. Matádme, no resisto:
sacrifique tambien el furor vuestro
à su hermano y su Rey; con atroz rabia
vierta la sangre de los tres a un tiempo.

Dar. ¿Vos hermano sufris que un insolente
se atreva sin verguenza, ni respeto
à acusarme?

Art. Dario, à ti te toca
el desengaño darme sino es cierto.

Dar. ¿Pues q̃, podeis dudar de la impostura
de un vil esclavo, de un indigno siervo?
¿y haceis à vuestra sangre tanta injuria?
yo creí que mis nobles sentimientos,
que Artaxerxes conocen, bastarian.

Art. Los malvados tambien se fingen buenos.
Escuchádme, Señor, lo que ha faltado.
Yo soi quien esta noche con secreto
introduje à Dario en este sitio;
como todo su afán, todo su empeño
solo era ver à Amestris; yo he creído
que le podia hacer tan corto obsequio;
pero mientras astuto me ocupaba
con mensages fingidos y supuestos,
lejos de ese lugar, su mano horrible
cometió un parricidio tan funesto:
yo, sencillo, volvia à darle cuenta,
quando de paso, y sin pensar me acerco
à la estancia del Rey, en donde solo
de escasa luz lucian los reflexos.
Pero escuchando gritos lamentables,
q̃ el nombre de Artaxerxes repitieron;
lleno de horror y espanto me introduzco:
solicito la causa, y veo; ò Cielos!
que este Rey otra vez tan poderoso,
de padres infelices triste exemplo,
bañado ya sobre su misma sangre,
en desorden yacia sobre el lecho.
Y luego que me vió, con voz doliente
me llamó, y esforzando algun aliento,
me mostró las eridas, y me dixo:
¿tú tiemblas de un objeto tan funesto?
pero mas temblarás, quando supieres
el Autor de atentado tan horrendo.
El hijo à quien privé de la Corona,
clavó cruel en el paterno pecho
un puñal vengador... y mas no dixo
porque acabó su vida con su acento.

¿Y

Dar. ¿Y que pintura es esa tan horrible?
¿piensas tu que esa historia,q̃ ese enredo
que finges à tu gusto, pruebe nada
contra la alta virtud que yo profeso?
no creas, no imagines,monstruo odioso,
hacer que titubee ni un momento
un corazon tan grande como el mio:
yo sé que confundir lograré presto
los artificios perfidos del tuyo.
Dime pues, vil traidor, dime perverso,
¿quién podia enseñarme donde estaba
el siempre oculto y escondido lecho,
ignorado de todos los mortales,
solo de ti sabido por tu empleo?
Art. Que yo sé la desgracia de tu padre...
Am. Ay Señor! esto es mucho, y yá no tengo
valor para sufrir que à vuestra vista
se atreva con tan duro desenfreno
un cobarde à insultar à vuestro hermano,
que le impute un delito tan sangriento,
que quizá su perfidia ha cometido;
y que vos lo escucheis con tal sosiego.
Si tan credulo sois, tambien vuestra ira
puede atribuirme la mitad del hecho.
Dar. No profaneis,Señora, vuestros labios.
Y tu perfido, indigno, ten por cierto,
que para convencer de error tan grande
à un Principe tan alto y tan excelso
como soi yo, se necesitan muchos
testigos de excepcion y verdaderos,
no como tu, traidor, que eres infame...
Art. Yo queria saber hasta que estremo
llegaba la osadia, y pues me dices,
que para convencerte de ser reo,
son menester testigos fidedignos,
mira, (si puedes,) el que te presento.
Le presenta el puñal.
Dar. Dioses, qué maldad!
Art. Miralo y muere.
Mirád, Señor, el parricida azero
manchado todavia con la sangre
de su padre infeliz, y cuyo aspecto
horroriza à los hombres y los Dioses.
Rey de Reyes,vengád à nuestro dueño;
castigád un delito tan enorme;
tomelo vuestro brazo justiciero;
vengád à vuestro Rey, à vuestro padre,
y clavadle en el pecho del perverso.
Dar. Yo quedo confundido. Dioses santos!
¿porque teneis los rayos tan suspensos?
ah, traidor! ¿contra mi, cruel, te vales
de un puñal que mi amor fio à tu zelo?
¿para un uso tan perfido, è indigno
me lo pediste con malvado intento?
Principe, ya no tengo que excusarme,
pues el mismo puñal lo está diciendo;
él me fingió que Amestris...
Artax. Cruel harmano,
vil asesino de tu padre mesmo;
¿qué me puedes decir que contrarreste
à ese enemigo de tu infame exceso?
Santo Dios! ¿qué terribles sacrificios
ván à ser las primicias de mis Reynos?
tambien tu... yo me muero. Hados fatales,
mi corazon se abate, ya no tengo
valor para sufrir.
Am. No, no Dario,
no te acobardes; cobra pues aliento;
defiendete, que siempre la inocencia
confunde à la impostura, es privilegio
que le han dado los Dioses. Estos Dioses
que la afrenta q̃ la hacen la están viendo.
Dar. Yá he dicho demasiado, una alma noble
no puede defenderse largo tiempo,
ni porque ha de baxar à la vileza.
Yo è de justificarme? ¿qué derecho
tiene un vasallo mio decorado
con titulo que no le ha dado el Cielo
para erigirse en juez de mi destino?
de la sangre que manda el Universo,
el primero he nacido, y no conozco
mas juezes que à los Juezes sempiternos.
Art. No temais q̃ yo abuse con clemencia
del poder Soberano, bien comprendo
que un testigo tan claro te condena;
mas no obstante que sea manifiesto,
no se puede juzgar tan gran delito
sin q̃ conste la prueba al mundo entero.
Yo no me atrevo à decidirlo solo,
q̃ lucho entre el horror y entre el afecto.
Haced pues, que los Magos de la Persia
se junten, que los Sabios del Consejo,
examinen la causa y la sentencia:

los hombres y los Dioses consultemos;
pero sabed que sobre su dictamen,
se formará el tenor de mi decreto.
Queda con Dios, hermano, el Cielo quiera
(si es que estais inocente) protejeros,
y me escuse el dolor de dar venganza
sobre un querido hermano à un padre tierno.

SCENA VIII.

Dario y Amestris.

Dar. Solo à vosotros Dioses inmortales,
puedo yo recurrir, y yo no os niego
me conserveis la vida; solo os pido
libreis à mi memoria de tan negro,
tan horrible borron, que mis laureles
no se marchiten con oprobio eterno.
Ay Amestris querida! ¿en q̃ han parado
las esperanzas de tu mano y cetro?
¿han de acabar por mano de un verdugo
mi gloria, y un amor tan puro y bello?

Am. No, querido Dario, no receles
que tu destino sea tan funesto:
pues Amestris te queda todavia,
es señal de que están por ti los Cielos:
yo no te ofrezco llanto compasivo,
de mi exige el amor mayor esfuerzo.
Voy pues, y à los Persianos corazones
que están enamorados de tus hechos;
inflamaré en ardor de tu defensa:
yo te sabré salvar en su concepto,
de estas viles sospechas; y tu triunfo
en este dia se verá completo.
Alienta, que te dán esta esperanza,
los Dioses, tus victorias y mi afecto.
Yo armaré tantos brazos, q̃ tu hermano
à pesar de tus perfidos recelos,
ha de volverme à mi adorado Amante,
ò ha de juntarse con su padre muerto.

ACTO V.

SCENA I.

Artebano solo.

Art. Yá el Sol vá à aparecer, y con sus luces
alumbrará mis prosperos delitos:
yá salgo de Dario, pues su vida
será en breve despojo de un cuchillo;
creyendo que es Autor de mi atentado,
todos los corazones compasivos
le miran con horror, y ya he logrado,
que le odien tanto como fue bien visto.
Hasta el mismo suplicio que le espera
es un nuevo espectaculo inaudito
que me sujeta al pueblo; y en fin todo
ya del trono me acerca à los caminos:
para ponerme en él, solo me falta
con su hermano menor hacer lo mismo;
y Artaxerxes está tan poco amado,
que puedo darle muerte sin peligro;
pero à pesar de tantas esperanzas,
me acobarda un temor, y es el indigno
confidente que tengo mui impropio
para el honor de un hecho tan altivo.
Yo observé que el infame Tisaferne,
quando sacrificó mi brazo invicto,
à su victima ilustre, consternado,
tembló de horror; le vi despavorido;
y con tremula mano me ofrecia
de un vulgar asesino los auxilios.
Desde que estas acciones se cometen,
ninguno que las sepa quede vivo,
que se arriesga el secreto: es necesario
que perezca algun complice, ò testigo;
y antes de que la noche se termine,
yo le sabré quitar la vida al mio.
Este mismo puñal que todavia
con la sangre real está teñido
destrozará al cobarde su vil pecho
por paga de su afecto compasivo.
Vamos; pero quien viene.

SCENA II.

Artebano y Barsina.

Bars. A vuestras plantas
vengo, Señor, con animo afligido:
qué noticia he escuchado! este Palacio
lleno está de terror y de gemidos;
vuestras Guardias llorosas se consternan:
todos están diciendo...

Art. Bien: qué han dicho?

Bars. Que una perfida mano ha terminado
del infelice Xerxes los destinos.

Art. ¿Y qué os puede importar esa noticia?

Barſ. Tambien dicen que àl inclito Dario
imputais ſin razon eſte atentado,
y que eſtais preparando ſu caſtigo.
Yo miro que los juſtos corazones
ſe intereſan por él.
Art. Lo que yo miro
es que tu te intereſas demaſiado
por un aleve infiel.
Barſ. Quando Dario
fuera Autor de tan barbaro atentado,
los Perſas que idolatran, entendidos
ſus prendas y valor; os eſtimaran
que conſervaras de ſu vida el giro;
y pudierais de eſe Heroe generoſo
haceros con nobleza infiel amigo.
Salvadlo pues, Señor, y ved q̃ el pueblo
le abſuelve, y os condena a un tiempo
miſmo.
Art. ¿De modo que pretendes que tu padre
por contentar tus locos deſvarios,
libre à un traidor infame, y ſe aventure
à paſar por Autor del Parricidio?
hija indigna, tu pienſas que me engañas,
pero no finjas, dexa el artificio,
que tu vil corazon eſtoi leyendo.
Hablame ſin rubor de tu delirio:
dime que enamorada de un ingrato
que paga con deſprecios tu cariño:
ſin honor, ſin verguenza, ſolo viene
à ver ſi lo libertas del ſuplicio;
y te reſponderé lo que indignado
de amor tan indecente, y fementido
puede penſar un pecho generoſo.
Muger indigna del Origen mio,
no eſperes que à tu Amante favorezca:
la piedad en mi pecho no halla aſilo,
y ſabes que por poco que te empeñes,
tu miſma vida pones en peligro.
Bar. Si es tal vueſtro rigor, tenéd por cierto,
que à vueſtra hija infeliz habeis perdido.
Art. Oprobio de mi ſangre; ¿y q̃ me importa
tu vida, ni tu muerte? Mõſtruo indigno,
quitate de mis ojos; no mi ſaña
ſe deſpeñe furioſa à un precipicio.
No podrán ni ſus lagrimas y ruegos,
enternecer à un pecho empedernido,
que no conoce amor, leyes, ni Dioſes.
Mas ya viene Artaxerxes à eſte ſitio;
perficionemos la obra en el momento
que haya muerto Dario en el ſuplicio.

SCENA III.

Artaxerxes y Artebano.

Art. Bien indica, Señor, vueſtro ſemblante
que de terrible afán eſtá oprimido,
mas procurád ſalvaros, véd el fruto
de vueſtro afecto blando y compaſivo.
Ameſtris con ſu llanto y ſus lamentos,
tiene ya à todo el pueblo ſeducido;
guiada de ſu amor y ſu deſpecho,
os atribuye el barbaro delito:
con lagrimas lo dice en todas partes:
convoca à ſus parciales, ſus amigos;
y conmovido el pueblo ſe diſpone
no ſolo à libertar el aſeſino,
ſino tambien à darle vueſtro trono;
y recelo que logre ſus deſignios,
ſi vueſtra mano rapida y ſangrienta,
no vá la muerte à dár à ſu enemigo;
pues ſi Dario eſcapa, no habrá medio
q̃ le ponga otra vez à vueſtro arbitrio.
Los ſoldados le adoran deslumbrados,
con la brillante gloria que ha adquirido,
no ſe perſuaden à ſu atroz exceſo,
y deſeoſos con anſia de ſervirlo
aumentarán ſus tropas. Véd entonces
ſi el que verdugo de ſu padre ha ſido
ſe podrá detener contra un hermano:
¿y porque vueſtro brazo eſtá remiſo
en dár venganza à tan iluſtre padre?
Moſtrád vueſtros eſfuerzos vengativos,
y advertid que una pronta muerte debe
aun mas que caſtigarlo, prevenirlo.
Artax. Aun no ſabes que laſtima merece
mi corazon, y no es por mis peligros,
ſino por la memoria de un hermano
que quiero, y me lo tiene enternecido.
Ya ſe dió la ſentencia, y el conſejo
lo ha declarado reo del delito,
condenandola à muerte. No hai remedio:
ya eſtán ſus crueles hados decididos:
pero yo quiero verle, quiero hablarle
antes que exale el ultimo ſuſpiro.
Me cueſta pena creer que ſu alma noble
haya accion tan infame cometido.

En

En fin le quiero hablar. De ſu inocencia
tal vez me podrá dar algun indicio.
*Art.*Que indicios daros puede? ¿pues acaſo
me teneis por capáz de un artificio?
Artax. No, no mas; ſin embargo quiero hablarle,
y ſi es q̃ ha de morir; debo eſte oficio
à mi amor, y amiſtad. Haz que aqui venga,
y cuenta no apreſures el ſuplicio.

SCENA IV.

Artaxerxes ſolo.

Artax.¡O tu ſombra doliente del mas grande
y mas iluſtre Rey q̃ el mundo ha viſto!
tu que eſtás eſperando de mi mano
eſte horrible y cruento ſacrificio:
diſipa los errores, las tinieblas
de la funeſta duda en que me agito:
mi brazo pronto eſtá para vengarſe,
pero házme ver quien es el aſeſino:
ten piedad de tu ſangre, no permitas
que quando yo vengarla ſolicito
derrame el reſto mi engañada mano.
No sé que oculta voz con ſordo grito
me eſtá hablando por él, mas nunca un pecho
ſe ſintió de piedad tan conmovido.
Dioſes, que protejeis à la inocencia,
y que juſtos vengais à los delitos,
eſcuſadme el baldon de que mi mano
ſolo contra un rival vibre los tiros.

SCENA V.

Ameſtris y Artaxerxes.

Am.¿Conque, tirano, en fin ya tus furores
ſacrificar à un Heroe han decidido?
cruel! ¿pudiſte ſin morir de pena
pronunciar un decreto tan impio?
¿tienes alma de tigre,hombre inhumano?
quien,ſangriento feróz. Pero que digo?
¿es poſible, Señor, que un noble pecho
una alma generoſa haya podido
ſobre la fé de un perfido vaſallo
(de ſu Rey el verdugo, el aſeſino,)
caſtigar con la muerte à un noble hermano?
y que hermano, gran Dios! un hombre invicto
el mayor, el mejor de los mortales,
que lejos de ſer digno de caſtigo,
por ſus altas beneficas virtudes
de altares, y de incienſos ſolo es digno
Temed, Señor, temed que Babilonia
no os dexe executar tan vil deſignio.
O deſeo del Reyno! y quanto puedes;
pues à un gran corazon has corrompido!
porque,creedme Señor,vueſtro atentado
no habrá quien atribuya à otro motivo:
ſino, dime cruel, ¿qual es el precio
con que mi ardor pudiera redimirlo?
ſi es mi mano? mi amor? mi ſer y vida?
Barbaro, aqui me tienes à tu arbitrio;
pronuncia, que ya eſpero tu decreto,
y le oíré ſin temblar, ſi de ti es digno.

SCENA VI.

Dario y los miſmos.

Dar. Qué haceis aſi, Señora? vueſtro llanto
ceſe ya, yo à los Numenes divinos
abandoné el afán de mi defenſa,
mirád que haceis con ruego tan ſumiſo
felíz à mi rival y à mi culpado,
y yo ni gracias, ni piedad os pido:
pero, pues ya me has dado la ſentencia,
¿para que venirme haces à eſte ſitio?
qué deſeas? ¿pretendes inſultarme
y añadir afliccion al afligido?
anda, cruel, contentate que el Cielo,
no puede hacer mas duros mis deſtinos:
goza mi cetro pues, logra ſi puedes
que Ameſtris oiga afable tus ſuſpiros,
y porque ſe complete tu barbarie,
quitame honor y vida à un tiempo miſmo:
mas dexame morir, ſin que yo vea
tan terribles objetos: ya no aſpiro
à que tu alma recuerde la memoria
de una tierna amiſtad, de un fiel cariño.
En tu crueldad, ingrato, reconozco
que eſtas dulces ideas has perdido,
pero recuerda mis primeros años

en que ſegui conſtantemente ſino
las huellas del honor: la reverente
eſcrupuloſa fé con que he ſervido,
las leyes, y los Dioſes, y el empeño
con que me he ſujetado al deber mio.
Sobre todo, el reſpeto y la obediencia
con que ſiempre à mi padre y Rey he
viſto,
que haciendome infelíz lo reſpetaba.
Vé aqui las pruebas, mira los teſtigos
q̃ me has de confrontar, y no à Artebano,
un malvado el mayor, un vil maligno,
que contra mi ſe vale de un azero,
que me quitó con perfido artificio.
Ameſtris, (dixome él) ſe deſconfia
de mi; no quiere creerme, y es preciſo
me deis vueſtro puñal para que ſirva
de garante con ella à mis ſervicios.
Credulo ſe le dí. ¿Mas que me abato
quando con eſe afán me juſtifico?
ya dicen que el cadahalſo eſtá diſpueſto.
A Dios, barbaro hermano, hermano impio,
mas injuſto conmigo que mi padre.
Los Dioſes vengarán mi ſacrificio.
Mas tu apartas los ojos? Cielos Santos!
¿tu derramas un llanto compaſivo?
Pero ay Dios! ¿de q̃ ſirve te enternezcas,
ſi me deſtinas à un fatal ſuplicio?
mas yo à un ſuplicio? Dioſes inmortales!
qué horrible indignidad! la he merecido?
de tanto iluſtre nombre no me queda
mas que el de Parricida y aſeſino.
Yo no puedo ſufrir tanta ignominia,
ni la rabia y furor en que me agito.
Yo deſeo la muerte, yo la invocó,
damela, pero matame tu miſmo.

Artax. Ay hermano infelíz! ¿qué es lo que puedo
reſponderte en tan barbaro conflicto?
¿ſoy yo quien te acusó del atentado?
¿he decretado ſolo tu caſtigo?
¡qué no emprendió mi amor por defenderte!
por tu inocencia hubiera conſentido
en derramar mi ſangre; y mi flaqueza
tambien te perdonará el parricidio,
ſino temiera que por mi indulgencia,
complice me ſoſpechen del delito.
Tenme à mi compaſion, y en mi no veas
mas que un exacto Juez, no un enemigo;
pues aun q̃ adoro à la Divina Ameſtris;
te juro por mi honor y ſus hechizos,
que dueño con tu muerte de ſu mano,
jamás haré violencia à ſu alvedrio.
La hora fatal ſe acerca. A Dios hermano;
victima que forzado ſacrifico
à las dolientes manos de mi padre.
A Dios, vé à ſoportar tu cruel deſtino:
muere, pero inflamado de tu ſangre,
muere como heroe, no como aſeſino.

Dar. Anda, y guarda tus ſutiles conſejos,
no los aprecio, no los neceſito
para ſaber morir, que no es la muerte
la q̃ me eſpanta, ſino el modo indigno:
el mirar que tu inſultas mi deſgracia,
y q̃ en tu error te obſtinas complacido.

Artax. ¿Y à quien quieres, ingrato, que yo aviſe?
he de creer que Artebano ſu miniſtro,
cuya fortuna y mando ſe cifraban
de mi padre en la vida, haya podido
dár el golpe cruel? ¿pues que eſperanza
pudo fundar el barbaro conmigo
quando ſabe que le ódio? Anda, infelice
que todo juſtifica tu caſtigo.

Dar. ¿Y los Sagrados Cielos q̃ te eſcuchan
tan horrible injuſticia, eſtán tranquilos?
ah! honor triſte, virtud deſventurada,
con haberte adorado, ¿qué conſigo?
yo muero como reo, ſoſpechado
de un exceſo el mas fiero, è inaudito,
y por colmo de horrores al cadahalſo
me arraſtra ſin piedad mi hermano miſmo:
pero vamos, llenemos de mi ſuerte
el impoſible ardor. A Dios bien mio.
A Dios querida Ameſtris, no derramen
mas lagrimas tus ojos, que ſu hechizo
es contra los tiranos arma debil;
ya es tiempo de q̃ vaya à mi ſuplicio.

Am. Vos al ſuplicio? ò Dios! no podrá nunca
un barbaro cruel!

***

SCE-

SCENA VII.

Barsina, Guardias y los dichos.

Bars. Oíd, Dario:
oíd vos tambien, ò Rey de Reyes,
y escuchad mis acentos confundidos.
La Justicia del Cielo tambien lenta,
pero siempre segura; ya no quiso
dexar prevaleciese una impostura:
escuchád el mas barbaro delito
que debe horrorizar à vuestras almas,
pero à mi no me toca el proferirlo:
muy presto lo sabreis, q̃ yo indignada
por ahorrarme recuerdo tan indigno,
y por no tener parte en tanta afrenta
ya un veneno mortifero he bebido,
que su efecto vá à hacer: lo que Barsina
en lance tan fatal puede deciros
es que ella es inocente, que Artebano
queda exalando el ultimo suspiro;
que Tisaferne vivo todavia,
aun que tambien mui cerca de lo mismo,
complice de atentado tan enorme,
es el solo quien puede descubrirlo:
à Dios, Dario, à Dios, muero contenta,
pues os pude librar de este castigo,
y me creo dichosa si os reparo
lo que à un padre cruel habeis sufrido.

Dar. Protejed, Dioses justos la inocencia,
pero no la vengueis.

Artax. Qué es lo que he oído!
Ay querido Dario!

Dar. Amado hermano,
no penseis en turbaros, ni afligiros;
pensád solo en q̃ os amo, en q̃ os respeto,
y en restituirme vuestro amor antiguo:
si os queda todavia alguna duda
ya à Tisaferne traen à este sitio;
y podeis preguntarle.

SCENA VIII.

Los dichos y Tisaferne à quien traen moribundo.

Tis. No: dexádme
inhumanos, morir. Pero qué miro!
no es Dario? gran Dios! Principe ilustre,
qué placer no esperado! aun estais vivo
ya muero satisfecho; yo temia
que ya fueses despojo de un cuchillo,
pero pues vos vivis, ya estoi resuelto
à descubrir un perfido artificio:
yo, y Artebano, barbaros verdugos
del infelice Xerxes hemos sido;
seducida de alagos y promesas,
mi desdichada mano le dió auxilio.
Su intento era reinar, y con astucia
dár la muerte à los dos ha pretendido:
él receló que yo le descubriera,
y con furia infernal matarme quiso;
pero yo lo previne, y ya mi brazo
sepultó su vil alma en los abismos.

Artax. ¿Y piensas q̃ la muerte q̃ le has dado
baste à expiar tan barbaro delito?

Tis. Yo no sé si su muerte os satisface;
pero sé que bien puedo sin peligro
vuestra colera oír, que ya en mi estado
solo temo à los Numenes divinos.

Artax. Ay querido Dario! quan odioso
te debo parecer; bien lo concibo,
mas di: ¿con q̃ servicios, con q̃ afanes
lograré reponerme en tu cariño?

Dar. Vos lo podeis, Señor, mui facilmente,
si me dais solamente el bien que estimo:
este adorado bien que solo puede
satisfacer à un pecho como el mio.

Artax. Si tubiera esperanza de lograrlo
quizá lo disputarán mis sentidos;
porque conozco mucho su alto precio,
pero à las almas yo no tiranizo.
Recibela de mi, yo te la encargo,
sé tu su esposo, yo seré tu amigo,
y à fin de que la sirvas dignament
la mitad de la Persia te destino.

* * * * * * * * *

FIN.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibért y Tutó, Impresor y Librero.